

El rostro del diablo

Ligia Rivera Dominguez
Instituto de Ciencias
Universidad Autónoma de Puebla

...los ojos son como la estrella matutina. De su boca salen lámparas ardientes, y hogares de fuego. El humo de un horno ardiente con los fuegos de carbones salen de sus narices. Su aliento es como carbones y de su boca salen llamas...

Job

La conformación de la imagen del Diablo, así como de otros personajes sobrenaturales, obedece a un impulso humano por dar respuesta a problemas de conocimiento difícilmente comprensibles. Dado que la naturaleza humana tiende a crear concepciones religiosas o a vivir en relación con lo sagrado, la formulación de sistemas de representación cuyos dogmas giran en torno a divinidades y demonios no es extraña. Especialmente las religiones más avanzadas y complejas dirigen sus cultos hacia dioses, entidades personificadas, y no a poderes impersonales (como el totemismo, el culto a la naturaleza o a los antepasados). Las nociones cosmogónicas del hombre antiguo se nutren de diversas fuentes: la vida y sus concepciones sobre el espacio y el tiempo. Todo ello tiende a privilegiar una idea dramática de la naturaleza en la que cohabitan lo divino con lo demoníaco, el bien y el mal, el orden y el caos, elementos siempre en oposición.

El concepto de Dios —así como el de demonios y otros seres fantasmagóricos— se compone de ideas eminentemente racionales; no obstante, también se expresa lo irracional. Con frecuencia el poder *tremendum* y aterrador de Dios sobrepasa los sentimientos de temor que provoca la figura del mal. La imagen del Dios justo de los primeros tiempos del cristianismo, el Demiurgo, nada tiene que ver con el Dios de bondad y perdón actual.

En algunas religiones la misma deidad es autora de todo, sea bueno, sea malo; pero en otras creencias son dos personajes autónomos e irreconciliables, como en el cristianismo. Esta religión se distingue porque posee una teodicea dualista; dos entidades diferentes se adjudican la responsabilidad del bien y el mal del cosmos. Dios, representante del bien, posee un sinfín de cualidades, en tanto que al Diablo, su adversario, se le imputa el mal moral. Por ello, es incoherente argumentar un cristianismo que excluya la figura del Diablo,¹ aun cuando existe un punto de tensión entre su reconocido monoteísmo y el dualismo evidente en que se asienta. El origen del dualismo, la asignación de potestad entre Dios y Satanás, puede relacionarse con el sistema de bandos y linajes característico de la Edad Media, según el cual la sociedad estaba fraccionada en dos porciones en pugna constante, que comprendían todas las actividades de la vida cotidiana.²

La personalidad del Diablo resulta atractiva porque se ha conformado durante siglos y a ella no sólo ha contribuido el imaginario popular, sino también algunos teólogos del cristianismo. Su figura es notable porque simboliza la rebelión total, la transgresión de normas y autoridades establecidas, se asocia con una sexualidad exacerbada y con el disfrute sin freno de todos los placeres de la carne.

Jules Michelet en su libro *La bruja* define románticamente al Diablo como “el gran



siervo en rebelión”, especie de divinidad natural que “hace germinar a las plantas” después que “encontró a la naturaleza postrada, arrojada por la Iglesia como un niño sucio, y la recogió y la recibió entre sus brazos... detenta todos los secretos de la naturaleza que turban el sueño de los hombres”.³

Pero más allá de los juicios indulgentes de Michelet, la personalidad del Diablo es, en cierta medida, distinta y más compleja.

El Diablo es lo que se ha pensado que es: la personificación del principio del mal. Quiere el mal y lo dirige.

Paulatinamente la idea del Diablo se fue haciendo más complicada, dejó de ser sólo el tentador, el rebelde, para convertirse en encarnación del espíritu del mal. Se transformó en un personaje poderoso, immanente, fuerte. Surgió como una figura heroica y simbolizó el desafío, la transgresión, la oposición a la Iglesia;⁴ además, ofreció auxilio en este mundo y no en el más allá, como Cristo.

Por otro lado, es un oponente natural y eterno de Dios, su enemigo principal, obstructor de su voluntad. Posee un *hábitat* peculiar, el submundo, y se escolta de una legión de seguidores a quienes rigé: diablos, demonios, espíritus, incubos y súcubos. De alguna manera todos los seres espantables y sobrenaturales forman parte de su séquito o

al menos están relacionados con él.

Con el triunfo del cristianismo en Europa, las religiones paganas anteriores se transformaron, de tal suerte que se volvieron una pura representación del mal; incluso al Diablo lo auxilian todos los personajes de orden secundario de religiones de la Antigüedad, como las harpías y las sirenas, centauros, gigantes monstruosos y los endriagos o sierpes terroríficas.⁵

El núcleo doctrinario del cristianismo fija que el trabajo del Diablo en la Tierra consiste en orientar el libre albedrío del hombre hacia el ejercicio constante del pecado e impedir la labor de Dios.⁶ Incita a cometer diversas transgresiones, provoca deseos sexuales entre los que se incluyen prácticas ortodoxas y desviadas —sodomía, bestialismo. En síntesis, es el amo de la materia y la carne. Vive en las tinieblas y la oscuridad, y por ello es el Señor de la noche. Provoca todo tipo de enfermedades (especialmente las mentales) y la muerte.

En todas las lenguas su designación es masculina.

En relación a su imagen resulta complicado rastrear su origen. Su figura es polimorfa, ubicua y muchas creencias contribuyeron a crearla. Es un ser misterioso y de mil caras. Influyeron en él desde las primeras divinidades de la prehistoria, los dioses del mundo clásico y de otras culturas hasta las ideas de los propios Padres de la Iglesia, el hombre de la Edad Media y, especialmente, los demonólogos de los siglos XV a XVII.

El rostro del Diablo

Participó en la formación del estereotipo del Diablo la divinidad griega Hades y demás dioses clásicos que habitaban el submundo;⁷ Loki, dios escandinavo; Seth, divinidad egipcia; Siva, el destructor de la India; los djinn de oriente, los devas persas y otros espíritus maléficos de distintas religiones.⁸

La fusión de tantas divinidades es posible gracias a que para la Iglesia Católica todos los dioses de otras creencias eran malos y, en consecuencia, demoniacos. Es así que los dioses de las antiguas religiones se convirtieron en los demonios de las nuevas

creencias, especialmente en situaciones de guerra o dominio.⁹

El Antiguo Testamento hace pocas referencias al Diablo. En el *Génesis* se alude a la serpiente como la seductora de Eva en el Edén; es quien incita a transgredir las determinaciones de Dios, pero en el texto no se relaciona a la serpiente con Satanás, más bien parece cómplice de Eva. Esto sugiere que los primeros cristianos fueron quienes desarrollaron la idea: a partir de Adán y Eva la humanidad se encuentra en poder del Diablo y en estado de pecado.¹⁰

En el Nuevo Testamento ya aparecen alusiones concretas a la contienda entre Dios y el Diablo, especialmente en los *Evangelios*, los *Hechos de los Apóstoles*, la *Epístola de San Pablo* y *El Apocalipsis*.

El Nuevo Testamento precisa el estereotipo del Diablo como oponente, seductor y tentador, impide la labor de Cristo y la redención de los pecados de la humanidad. Es en este momento cuando se plantea una relación de interdependencia entre Cristo y Satanás. El mundo se escinde en dos reinos: el de Cristo, espacio de bondad y bienaventuranza, el lugar de la luz y el reino del Diablo, sitio donde imperan los poderes de las tinieblas y la maldad. Ambos inician una contienda que durará siglos por impedir que el adversario logre imponer su dominio en el reino del otro.

Las aportaciones del Nuevo Testamento a la representación del Diablo y al núcleo doctrinario del cristianismo se incrementaron con los dogmas de la caída, del pecado original y la redención del hombre por la crucifixión.

Ya en los primeros siglos de nuestra era se lleva a cabo la interrelación entre la serpiente, que incita a Eva al pecado, y el Diablo. En el siglo I la serpiente constituirá una de las primeras imágenes de Satanás. Al paso del tiempo, otros animales serán estigmatizados también como representación del mal.

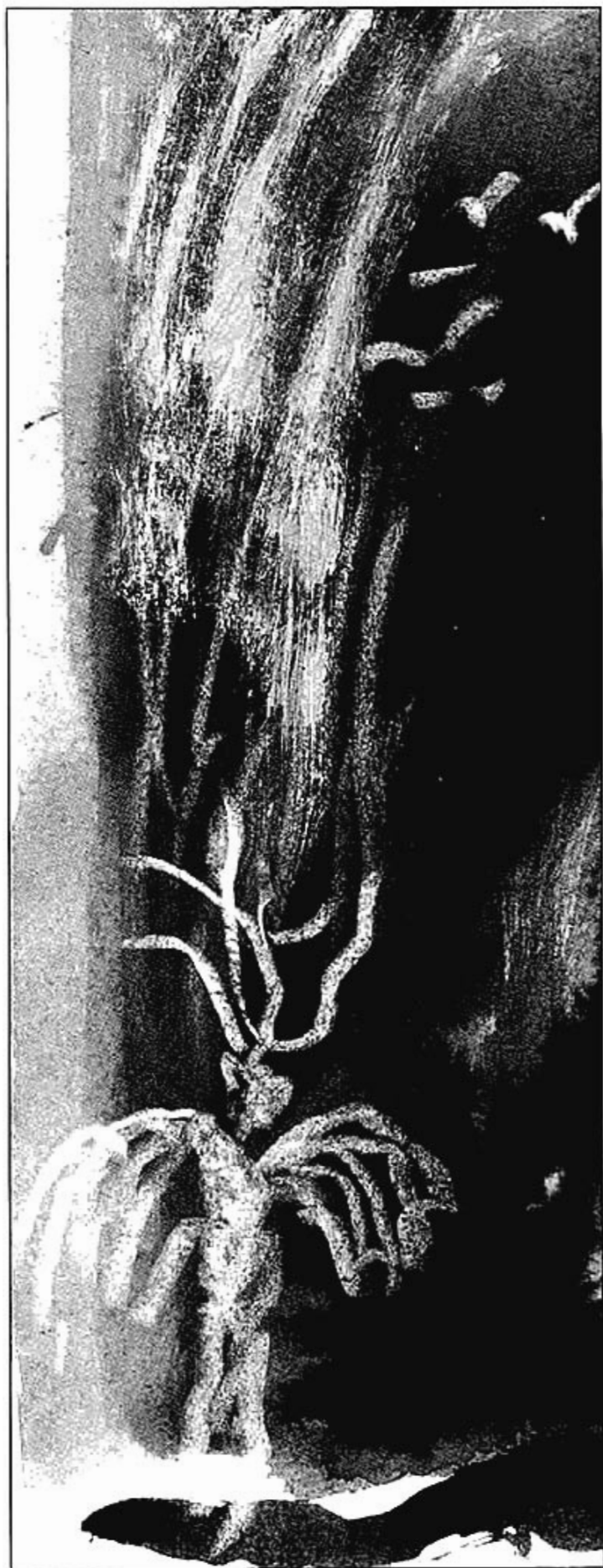
Otra contribución importante a la conformación de la figura de Satanás la hallamos en los Padres de la Iglesia, cuyas ideas surgieron de un pasaje de Isaías que resulta muy revelador:

¡Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te has venido al suelo, tú que debilitaste a las naciones! Pues te dijiste en tu corazón, me elevaré a los cielos, exaltaré mi trono por encima de las estrellas de Dios: me sentaré también en el monte de la asamblea, en la parte del Norte; subiré más allá de las alturas de las nubes; seré igual que el Altísimo. Sin embargo, serás arrojado al infierno, a lo profundo del abismo.¹¹

San Ignacio, quien sostenía principios dualistas en el siglo II, designó al Diablo como "soberano de esta época". Los hombres podían ser hijos de la luz si se orientaban hacia Cristo o hijos de las tinieblas si eran dominados por el Diablo.¹²

San Bernabé (siglo II) también opinaba que el Diablo vivía en su época, la cual concluiría con la segunda venida de Cristo. Lo que resulta más interesante de su doctrina fue el inicio de uno de los estereotipos de la cultura contemporánea: la asociación de maldad con el color negro, primera manifestación de estigmatización racial, idea presente no sólo en el cristianismo sino en el mazdeísmo y el judaísmo, entre los griegos y cionistas. El color negro se empleará posteriormente para describir tanto el rostro del Diablo como su atuendo. Para San Bernabé, la luz lleva al cielo, en tanto que las tinieblas, bajo el poder del negro (Satanás), con-





ducen directamente a la ruina.¹³

Los gnósticos (siglo II d.C.), entre los que sobresale Marción, mantenían un dualismo absoluto; para ellos el mundo había sido creado por un dios maligno, el Demiurgo, en tanto que el Dios bueno se le oponía. Surge la serpiente como símbolo negativo, incluso cuando no se relaciona aún con el Demiurgo.¹⁴

Posteriormente Justino, uno de los primeros teólogos, sostuvo que el Diablo fue una criatura creada por el mismo Dios pero inferior en su condición. Por esta razón su poder y posibilidad de supervivencia sería menor. El Diablo, ya como serpiente, fue para Justino el tentador de Adán y Eva y, además, de Cristo. Lo identifica como el Príncipe de los demonios.¹⁵

Los teólogos orientaron sus preocupaciones, como vemos, a determinar el origen del Diablo, su naturaleza y la función que desempeñaba en tanto contrario a Dios. Sin embargo, su contribución a la imagen de Satanás resulta menor. En los siglos III y IV con Lactancio y posteriormente con los maniqueístas la figura delimita sus contornos.

Lactancio, padre de la Iglesia, sostiene que el mal es necesario pues permite captar la naturaleza del bien, por contraste; si se excluye el mal se elimina la virtud. Habla de una "hermandad metafórica" entre Cristo y el Diablo: ambos son criaturas que provienen de Dios, pero uno es el hijo amado y el otro el hijo rechazado.¹⁶ En principio no debería haber una gran diferencia entre la representación de ambos personajes dado que provienen de la misma fuente. Habla de dos clases de demonios: Satanás y demás ángeles caídos, semejantes a Dios, que constituyen la clase celestial y los demonios terrestres provenientes de hombres y gigantes.

Finalmente, el maniqueísta¹⁷ Atanasio afirmaba que el Diablo era un no-ser porque se había condenado a una vida de inexistencia y de maldad. Puede cambiar de forma en la medida de su voluntad; según esto puede manifestarse como manco negro, símbolo del vacío y la negrura del alma. También toma la forma de diversas bestias o de monstruos, —"una bestia como un hombre hasta los muslos, pero con patas y cascos como

los de un asno¹⁷. Las bestias más comunes, según Atanasio son dragones, serpientes, escorpiones, leones, osos, leopardos, toros, lobos, hienas y gallos. También pueden presentar forma de ángeles de luz o hasta de monjes.¹⁸

En los años 700 y 850 lo describen como un hombre oscuro como la boca de un lobo, desnudo y cubierto por una piel rugosa.

En 1233 Gregorio IX¹⁹ delinea la idea del Diablo en la bula *Vox in Rama*²⁰ como hombre de notables ojos negros, tan negros como el carbón y de tez muy pálida, delgado y frío, que puede transformarse en gato negro o sapo. Además, hace orgías incestuosas y homosexuales con sus seguidores.

En 1240 y 1250 Cesáreo en su obra *Dialogus Miraculorum* sostenía que los demonios se manifestaban en forma de hombre -feo, corpulento y vestido de negro-, o seducían a las mujeres bajo la apariencia de caballero fino y elegante o como soldado. Generalmente era bajo la forma de un moro.

Por otro lado, la demonología también pretendió fijar los rasgos de la fisonomía de Lucifer en una amplia bibliografía²¹ que fue útil a jueces y curas para justificar muchas atrocidades en los momentos en que la Inquisición estuvo vigente.

La visión del Diablo se consolidó cuando la herejía se convirtió en anatema y su culto en apostasía.

La figura del Diablo se termina de trazar en el Renacimiento, gracias a las reformas protestante y católica. Los que ayudaron fueron, por la élite eclesiástica y política, los Inquisidores (franciscanos y dominicos), los demonólogos y algunos jueces; por otra parte, las aportaciones populares también fueron importantes.

Satanás puede metamorfosearse gracias a su enorme facultad de transformación y a que su naturaleza es simple y no pertenece a especie conocida; no tiene una forma específica. De hecho, puede introducirse en cualquier ser animado o inanimado porque posee cuerpo de aire.

Sus descripciones pueden clasificarse en:

- a) Antropomorfa
- b) Zoomorfa o zoantropía.

La representación antropomorfa

El Diablo se presenta ante los hombres como hombre negro, o vestido de negro; se acerca seduciendo bajo formas bellas y agradables o monstruosas. Las mujeres lo ven como un hombre joven y atractivo, generalmente ataviado con ropajes negros; trata de seducirlas y despierta en ellas deseos inmoderados por los gozos sensuales. A los hombres se les muestra como una mujer hermosa y joven.

El inquisidor del Río lo describe de esta manera en su libro *Disquisitionum magicarum*:

Los demonios se manifiestan en cuerpos humanos negros, mugrientos, hediondos y tremendos, o por lo menos en cuerpos de rostro oscuro, moreno y pintarrajeado, de nariz deformadamente chata o enormemente aguileña, de boca abierta y profundamente rajada, de ojos hundidos y chispeantes, de manos y pies ganchudos como de buitre, de brazos y muslos delgados y llenos de pelo, de piernas de burro o de cabra, de pies de cuerno algunas veces rajado y algunas veces sólido, y por último de estatura y proporciones del cuerpo siempre demasiado grandes o demasiado pequeñas y contrahechas.²²





En los testimonios con que contamos aparece disfrazado.

Las descripciones de brujas obtenidas por la Inquisición de distintas partes de Europa coinciden.

John Walsh lo veía: "a las veces como un hombre en todas sus proporciones, excepto que tenía los pies hendidos". A Margaret Johnson se le apareció "con el aspecto y proporción de un hombre, vestido con un traje negro, atado con jarroteras de seda". Bessie Dunlop decía que

era un hombre arrogante entrado en años, con barba gris, vestido con un jubón gris con mangas lombardas a la antigua usanza; calzón gris y calzas blancas atadas alrededor de las rodillas; gorro negro en la cabeza, ajustado detrás y plano delante, con bandas de seda cubriendo los bordes de éste; y una vara blanca en la mano.

Los testimonios de dos brujas del North Berwick lo sitúan en el *sabbat*. La primera dice que

El Diablo surgía de repente en el púlpito, como un hombre muy negro, con una barba negra que le sobresalía como la de un macho cabrío y una nariz alta, que le bajaba afilada como el pico de un halcón; con un largo adminículo (rabo).

La otra bruja declaró:

El Diablo hacía venir a toda la compañía a besarle el culo, que decían lo tenía frío como el hielo; su cuerpo era duro como el hierro, según creían los que lo tocaban, su rostro era terrible, su nariz era como el pico de un águila, con grandes ojos llameantes; sus manos y piernas eran peludas, con garras en las manos, y pies como de grifón, y hablaba con voz cavernosa.²³

En ocasiones aparecía con cuernos, pezuñas y cola. También era corriente que de su persona emanara un marcado olor a azufre.

Pierre de Loyer dice que el Diablo se presenta de dos maneras: tomando la forma de cuerpos aéreos que se amasan y condensan hasta que pueden ser vistos. Se componen de vapores abultados y terrestres, que ascienden en el aire hasta que solidifican las nubes. Son fríos y se desbaratan fácilmente; o tomando los cuerpos de los muertos, cadáveres o carroña. Cuando se acomodan a la naturaleza humana desprenden olores particulares.

La representación zoomorfa

El Diablo asume la forma de diversos animales, pero la más ligada a él es la de macho cabrío. Esta caracterización parece inspirarse en los sátiros, silvanos y faunos de la Antigüedad.

En el proceso de Laboud, Pierre de Lancre, importante inquisidor, obtuvo de las brujas diversas declaraciones que le permitieron describir ampliamente al Diablo en su libro *Tableau de l'inconstance des mauvais anges et démons*:

Unos dicen que es como un gran tronco de árbol oscuro sin brazos y sin pies, sentado en alguna cátedra con alguna forma de rostro de hombre grande y horrible. Otros dicen que es un gran cabrón, con dos cuernos hacia adelante y dos hacia atrás, de los cuales los delanteros se enlazan hacia arriba como las pelucas de una mujer. Pero lo común es que tenga solamente tres cuernos y que tenga una especie de linterna en el central con la cual acostumbra a iluminar el *sabbat* y dar fuego y luz. También se le ve una especie de gorro o sombrero por debajo



de sus cuernos, y tiene hacia adelante su miembro estirado y pendiente y lo muestra siempre de la longitud de un codo, y una gran cola por detrás, y una especie de rostro por encima, del que no sale ninguna palabra, sólo le sirve para darlo a besar a aquellos que le parece bucnamente, honrando a ciertos brujos o brujas más que a otros. Otros dicen que él tiene forma de un gran hombre vestido tenebrosamente y que no quiere ser visto claramente, si bien dicen que es resplandeciente y su rostro rojo como el hierro recién salido de la fragua.²⁴

Como vemos, su rostro es mutable, escapa a todo intento de precisión.

Las descripciones de las brujas de Laboud y Zugarramundi coinciden. Pierre de Lancre en *Tableau de l'inconstance...* obtuvo esta otra declaración, en que Satanás manifiesta su naturaleza como hombre y animal a la vez:

Los ojos tiene grandes, redondos, muy abiertos, encendidos y espantosos; la barba de cabrón, y todo el cuerpo como de entre hombre y cabrón; los dedos de las manos iguales, corvos y rampantes como de ave de rapiña; los pies como de ganso, la cola de asno; la voz espantosa y desentonada, pero baja, ronca y triste; parece el rozmido de un mulo, no pronuncia bien las palabras y se entiende con dificultad; habla con arrogancia y gravedad, con semblante melancólico y que siempre parece estar enojado.²⁵

Otros animales en que se convierte el Diablo son toro, caballo, oveja, ciervo, ternera, corzo, cerdo, cabra, gato negro, pollo, dragón, cuervo, mono, serpiente, mosca, perro, raposo, aves e insectos, sapo, rata y pájaros.

Pero la personalidad de Satanás no estaría completa sin abordar el aspecto de la

sexualidad. Se dice que el Diablo ayudaba a alcanzar placeres, honores, riquezas o preferencias.

Antes de la persecución de las brujas se relataba que el comercio sexual con Satanás era la experiencia más placentera a que podía acceder una mujer. Incluso se afirma que se lograba la *maxima cum voluptate*.

Todas las prácticas sexuales están asociadas al Diablo: coito heterosexual, homosexualidad, bestialidad, masturbación mutua, copulación en grupo, incesto.

Sus genitales han llevado a un buen número de especulaciones. En primer lugar, se dice que la relación era placentera gracias a la generosidad de sus formas y porque su técnica era única. Incluso se afirmaba que su pene tenía tres puntas, lo que le permitía hacer al mismo tiempo el coito, sodomía y felación. En suma: poseía una gran habilidad amorosa, que no consistía sólo en el acto mismo, sino que abarcaba el periodo anterior y posterior al coito.

Después de la persecución la relación sexual con el Diablo se describe como dolorosa porque su miembro y semen eran extremadamente fríos. La única forma en que le estaba permitido copular era en posición canina y no en la "del misionero".

La imagen actual de Satanás si bien ha perdido cierta vigencia no deja de presentarse ante algunos creyentes. Conserva sus rasgos peculiares que lo sitúan como creador, caído por su propia voluntad, mortalmente herido por Cristo, jefe de las fuerzas malignas del cosmos y condenado a la ruina al fin del mundo.

Diremos entonces que la figura del Diablo, tal como hemos visto, constituye una de las creaciones más interesantes de la cultura pues condensa todos los temores y deseos reprimidos de los hombres durante siglos.

Notas

¹ Jeffrey Burton Russell, *Satanás. La primitiva tradición cristiana*, FCE, México, 1986, p. 28.

² Julio Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, Alianza, Barcelona, 1990, p. 191.

³ Jules Michelet, *La bruja*, Labor, Barcelona, 1984.

⁴ G.R. Quaife, *Magia y maleficio. Las brujas y el fanatismo religioso*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 68-69.

⁵ Julio Caro Baroja: *op. cit.*, p. 101.

⁶ Frank Donovan: *Historia de la brujería*. México, Alianza, 1989, pp. 113-114.

⁷ Algunas descripciones del infierno son semejantes al Tártaro, especie de infierno mitológico.

⁸ Frank Donovan: *op. cit.*, p. 114.

⁹ Margaret Murray, *El dios de los brujos*, México, FCE, 1986, p. 13.

¹⁰ Norman Cohn, *Los demonios familiares de Europa*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 90-91.

¹¹ Citado en Frank Donovan, *op. cit.*, pp. 115-116.

¹² J. B. Russell, *op. cit.*, pp. 39 a 41.

¹³ *Ibid.*, pp. 45-48.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 65-69.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 78, 83 y 84.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 190-197.

¹⁷ El maniqueísmo es una doctrina interesante por sus postulados; afín a los gnósticos, se funda en la idea de que en el universo existen dos principios antagónicos no creados: la luz, equi-

valente a la verdad y la materia, que se expresa en las tinieblas y la falsedad. Ambos principios se encuentran personificados por Dios y el Diablo. El primero funda un reino pleno de sabiduría, fuerza y luz; el otro es caótico y confuso, circundado por las tinieblas.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 216-218 y 222.

¹⁹ Arthur Stanley Turberville, *La inquisición española*, México, FCE, 1981, pp. 11 y 12.

²⁰ La bula *Vox in Rama* es un documento notable porque fija el origen de la Inquisición en Europa en 1233. Gregorio IX determinó que los encargados de luchar contra la herejía fueran los frailes dominicos, quienes colaborarían con los obispos de las localidades para integrar las investigaciones y llevar a cabo el enjuiciamiento de los condenados. La bula convierte en realidad las leyendas que circulaban entre algunos grupos sociales y a partir de entonces estos hechos se aceptan por la totalidad de la sociedad.

²¹ Sólo por mencionar los textos sobresalientes de la época de la Caza de brujas -1450-1700- en Europa citamos a Heinrich Kramer y Jacob Sprenger con el famoso *Malleus Maleficarum* (1486); *De la démonomanie des sorciers* de Jean Bodin (1580); *Disquisitionum Magicarum libri sex* de Martín del Río (1599); de Pierre de Lancre *Le Tableau de l'inconstance des mauvais anges* (1612), y *Du sortilège* (1627); *Discours des sorciers* del magistrado Henri Boguet (1602); *De lamiis* (1577); de Johann Weyer *Cautio Giminalis* de Friedrich von Spee (1631) y otros más.

²² Citado en Francisco Flores Arroyuelo, *op. cit.*, p. 41.

²³ Testimonios citados en Frank Donovan, *op. cit.*, pp. 119-120.

²⁴ Citado en Francisco Flores Arroyuelo, *op. cit.*, p. 42.

²⁵ *Ibid.*, pp. 42-43.

